

MISTERIO EN EL TREN



Asesinato
en el
Safari Star

DESTINO

M. G. LEONARD Y SAM SEDGMAN

MISTERIO
EN EL TREN

Asesinato
en el
Safari Star

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Murder on the Safari Star*
© del texto: M. G. Leonard y Sam Sedgman, 2021
© de la traducción: Rosa Sanz, 2022
Ilustración de la cubierta: Fernando Vicente
Publicado originalmente en 2021 por Macmillan Children's Books,
una división de Macmillan Publishers International Limited

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2022
ISBN: 978-84-08-25405-8
Depósito legal: B. 2.045-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447.

Capítulo 1

Navidades en casa

—¡Hal! ¿Estás despierto?

Hal abrió los ojos y se incorporó en la cama, somnoliento. Su habitación estaba a oscuras, pero le llegó un olor a café. Una figura en pijama de rayas se recortaba contra la puerta, iluminada por la luz del rellano.

—¿Tío Nat? —Hal se puso de rodillas, encantado de verlo—. ¡Has venido!

—Feliz Navidad, Hal.

Encendió la lámpara, que alumbró la mesilla de noche y las tarjetas navideñas de Lenny, Hadley y Mason, los amigos que había conocido al viajar en tren. El escritorio a los pies de la cama estaba cubierto de dibujos de su familia, su perra y varios trenes; un montón de trenes. En la pared, junto a una torre inclinada de cuadernos, había tarros y botes llenos de lápices, bolígrafos y pinceles. A Hal le encantaba dibujar, y cuando más le gustaba hacerlo era viajando en tren con el tío Nat.

Bailey, la esponjosa perra blanca de Hal, pasó jadeando por delante de Nat y subió ansiosamente a la cama, con su lustrosa nariz negra, sus brillantes ojos azules y la lengua fuera.

—Bájate, *Bailey*. ¡Oh, no! —protestó cuando le lamió la cara.

El tío Nat se rio.

—Pensaba que los niños se levantaban al amanecer el día de Navidad.

—¿Qué hora es?

—Las seis. —Nat bebió un sorbo de su taza de café—. Bev me ha dicho que te diera un toque. Creo que ha venido Papá Noel.

Hal pegó un grito. Habían transcurrido dos meses desde su aventura en el California Comet, y aunque intentaba no ilusionarse con otro viaje en tren tan poco tiempo después del último, la idea le provocó un cosquilleo de emoción en el estómago. Así pues, salió de la cama y bajó corriendo la escalera, seguido de cerca por el tío Nat y por *Bailey*.

—Feliz Navidad, cariño —dijo su madre en voz baja, llevando a su hermanita Ellie en brazos mientras le daba el biberón. Luego miró a Nat—: ¿Va a cenar James con nosotros esta noche?

—Me temo que no. Tiene que trabajar, y luego irá a casa de sus padres.

—Vaya, pues qué pena.

—Estoy cansado. Vámonos a la cama otra vez —refunfuñó el padre de Hal, saliendo de la cocina.

Hal se rio. Los ojos de su padre brillaban de alegría. En realidad, le gustaba la Navidad tanto como a él.

—Y ahora... —Su padre adoptó un tono serio mientras lo seguía al salón—. Después de una pequeña charla, hemos decidido que, ya que tienes doce años, eres demasiado mayor para ponerte los regalos en el calcetín.

—¡Papá! —gimió Hal. Su padre le gastaba la misma broma todos los años.

—Anoche lo bajamos de la chimenea —prosiguió, disfrutando de hacerle rabiar—. Pronto serás un adolescente y...

Hal señaló el calcetín que se había ocupado de colgar junto a la chimenea de gas la noche antes, y que ahora estaba lleno, en el suelo y al lado del árbol.

—¡Pero bueno! —El padre de Hal se rascó la cabeza—. ¿De dónde ha salido eso?

—¡Papá! —Hal se tapó la cara con las manos—. ¡Para!

El tío Nat se reía encaramado al brazo del sofá, mientras la madre de Hal se hundía en los cojines, acunando a Ellie.

—Espero que te hayas portado bien este año. —Su padre alzó las cejas con gesto inquisitivo—. Si no, puede que esté lleno de patatas y carbón.

—¿En serio? He atrapado a un ladrón de joyas y he solucionado un secuestro. Me he portado genial.

—Venga, cariño —dijo su madre, risueña—. Abre el calcetín.

Hal sacó un yoyó; un juego de herramientas de aseo para *Bailey*; un cojín que soltaba pedorretas (que su padre activó de inmediato fingiendo sentarse en él por accidente); un par

de lápices que hacían las veces de baquetas de batería y una baraja de cartas con imágenes de trenes antiguos en el reverso. Se tomó su tiempo para admirar cada uno de los regalos y dar las gracias. Pero mientras los desenvolvía, sus ojos se desviaban hacia los paquetes que estaban debajo del árbol, en busca de una etiqueta escrita con la letra cursiva de su tío.

—¡Has sido rápido como el rayo! —dijo Beverly cuando Hal puso el calcetín bocabajo y cayeron una mandarina y una nuez. Dejó a Ellie en brazos del padre de Hal—. Los regalos del árbol los abriremos después del desayuno. Nat, ahora vamos a comer tortitas con beicon y sirope de arce. Hal quería un desayuno como los del California Comet.

—Pero Bev, me muero por ver qué me ha regalado Hal por Navidad —respondió el tío Nat, tomándola de la mano—. ¿No podemos darnos los regalos primero?

—¡Sí, porfa! —Hal se levantó de un salto y *Bailey* ladró con entusiasmo. Sin esperar la respuesta de su madre, el niño se metió debajo del árbol, haciendo caso omiso de las afiladas espinas, y sacó un paquete rectangular—. Feliz Navidad, tío Nat. —Tragó saliva, nervioso de repente—. Espero que te guste.

El tío Nat arrancó el envoltorio de papel, tras el que apareció un dibujo enmarcado del Highland Falcon atravesando el viaducto de Ribbleshead en Yorkshire.

—¡Hal! ¿Lo has dibujado tú?

Hal asintió con la cabeza.

El tío Nat tenía los ojos vidriosos. Sostuvo el cuadro con el brazo extendido para contemplarlo mejor.

—Es perfecto, Hal. Me encanta. Ven aquí. —Alargó el otro brazo y abrazó a su sobrino—. Gracias, es el mejor regalo de Navidad que he recibido nunca. Lo colgaré en mi salón, encima de la chimenea.

Hal se sonrojó de orgullo.

—Lleva semanas trabajando en él —explicó su madre radiante.

—Ahora me siento mal —respondió Nat—, mi regalo no es tan bueno ni de lejos. —Sacó un paquete del bolsillo, envuelto en papel dorado y atado con una cinta roja—. Espero que te guste.

—Gracias. —El regalo tenía el tamaño de una tableta de chocolate grande y parecía duro. Desató la cinta y retiró el papel, descubriendo que tenía en sus manos una caja de carboncillos.

—Pensé que te gustaría dibujar al carboncillo.

Hal sintió como si se le hubiera escapado todo el aliento de los pulmones y abrió la boca con una sonrisa enorme, tratando de no mostrarse decepcionado.

—¡Hala! Tío Nat, ¡son increíbles! Nunca había dibujado con carboncillo. Gracias.

Todos los presentes lo miraban, así que abrió la caja metálica para mostrar su interés por los carboncillos. Al hacerlo, se le cayó una tarjetita al suelo, que recogió enseguida.

—Necesitarás algo que dibujar, claro —añadió el tío Nat.

La tarjeta era de color verde inglés, con letras doradas en relieve. Hal la leyó con atención. Intentó hablar, pero se había quedado sin aliento y sin palabras, y descubrió que su boca imitaba a la de un pez.

Miró a su tío, que sonreía como el gato de Cheshire.

—Nos vamos a Sudáfrica, Hal —dijo Nat con alegría—. En febrero. Tomaremos el Safari Star desde Pretoria hasta Zimbabue para ver las cataratas Victoria, en la frontera con Zambia. He pensado que el carboncillo te vendrá bien para dibujar los animales que veamos en los parques naturales...

Pero no terminó lo que estaba diciendo, porque Hal empezó a gritar y corrió hacia él, lanzando los carboncillos por los aires mientras rodeaba a su tío con los brazos y lo derribaba del sofá.

¡Sudáfrica! El corazón de Hal rebotaba de alegría al pensar en otro viaje en tren con su tío. Sin embargo, aún no sabía que esta iba a ser la aventura más peligrosa que había vivido.

Capítulo 2

La estación Safari

Hal se lamió la yema del pulgar y difuminó las líneas de carboncillo de su cuaderno de dibujo, dándoles el aspecto de afiladas púas negras. El objeto de su retrato, un puercoespín, mordisqueaba una corteza de árbol y lo miraba con ojos brillantes. Tenía la nariz ancha y esponjosa, una cresta entrecana, largas espinas y una cola tan larga como su cuerpo. Hal se inclinó hacia delante para examinarle la cara, cuando la irritable criatura resopló, corrió hacia el cobertizo y se zambulló en un agujero polvoriento.

—Un cliente difícil —observó el tío Nat. Protegía su rostro pálido con un sombrero panamá de ala ancha, y tenía todo el aspecto de un viajero europeo con su impecable camisa blanca y su traje de lino color marfil.

Estaban sentados a una mesa de hierro en el andén vacío de Pretoria Gardens, una terminal ferroviaria privada en las afueras de la ciudad. Antes de convertirse en estación, había

sido una gran casa de campo, y sus terrenos, ahora repletos de vida salvaje, habían sido cuidados jardines. Hal pensó un instante en todos aquellos que estarían pasando frío en la gris Crewe durante las vacaciones de febrero, y sonrió a las vacas *nguni* con manchas rojas y marrones que pastaban al otro lado de las vías bajo el sol matutino.

Habían aterrizado en Johannesburgo la noche anterior, y partieron hacia Pretoria a primera hora de la mañana. La estación estaba a una sola hora de distancia del hotel, y Hal tenía ganas de explorarla. A medida que el taxi ascendía por el camino de grava blanca, pudo contemplar mejor el impresionante edificio de ladrillos rojos cubierto de enredaderas y flores. Un cartel verde botella, medio oculto entre los parterres, rezaba «FERROCARRILES ACKERMAN» en letras doradas y desconchadas. Una mezcla de emoción y apetito hizo que Hal sintiera como si un ejército de ranas rebotara en su estómago.

Un botones recogió su equipaje y luego les sirvió el desayuno en la terraza, que no era más que una parte ancha del andén. La vía del tren quedaba tan cerca del edificio que parecía un extraño camino de entrada.

Mientras Hal devoraba la fruta y los pasteles, un hombre sonriente como un cocodrilo hambriento se acercó a su mesa. Tenía barba, y el pelo muy corto y plateado, lo que resaltaba el bronceado de su piel blanca, e iba vestido con una camisa azul y unos pantalones color tiza.

—¿Nathaniel Bradshaw? Soy Luther Ackerman. Bienvenido a Pretoria Gardens y al ferrocarril de mi familia. —Estrechó la mano del tío Nat con entusiasmo—. Estoy encantado de que aceptara mi invitación. Prepárese para la experiencia de su vida. El Safari Star es un hotel de lujo sobre ruedas, la joya de la corona de mi flota. Le prometo que llevaremos la vida salvaje de África hasta su ventana. Por si no lo sabía, el viaje a las cataratas Victoria es uno de los más impresionantes del mundo. —Sus ojos se posaron en Hal mientras terminaba su discurso de vendedor.

—Encantado de conocerle, señor Ackerman —respondió el tío Nat, apartando la mano—. Le presento a mi sobrino, Harrison Beck.

—¿Harrison Beck? —Ackerman dio un paso atrás para observarlo. Hal se llevó las manos a la espalda por si el impetuoso hombre intentaba apretárselas—. ¿El detective ferroviario del que tanto he leído en los periódicos? —Le guiñó el ojo.

Hal se sonrojó con regocijo.

—¿Te gustaría resolver un crimen durante el viaje? —Ackerman soltó una carcajada—. ¿Qué prefieres? ¿Un chantaje? ¿Un robo de arte? Ya lo sé, ¿qué tal un jugoso asesinato?

—Me encantaría resolver un asesinato algún día —respondió Hal emocionado—. Es el crimen definitivo para un detective.

—No, gracias —dijo el tío Nat—. Hemos presenciado demasiados crímenes en nuestros últimos viajes. Estamos aquí para ver los animales.

—Y los trenes —añadió Hal—. ¿Es cierto que tiene un museo ferroviario, señor Ackerman?

—Llámame Luther. —El señor Ackerman le dio una palmada en la espalda que estuvo a punto de derribarlo de la silla—. ¡Y sí! —Señaló al otro lado de la vía—. Allí están los cobertizos donde restauramos las locomotoras y acondicionamos los vagones. Detrás está el centro de clasificación. Al final de ese camino, la garita de señales original y la torre de agua. —Se detuvo cuando un avestruz pasó pavoneándose ante la fuente de la terraza—. Te prometo que no te decepcionaré. Eres libre de explorarlo todo lo que te plazca.

—¿Es normal que haya animales en las estaciones de Sudáfrica? —preguntó Hal.

—Vinieron en los años cuarenta, después de que la casa fuera abandonada —explicó Luther—. Era su hogar cuando la compré, de modo que no tuve corazón para echarlos. —Ackerman juntó los talones e inclinó la cabeza—. Ya os he molestado demasiado. Seré el jefe del tren durante el trayecto, así que os veré en el Safari Star.

—Me pregunto si habrá que resolver un crimen en este viaje —dijo Hal mientras cruzaban un puente de hierro sobre las vías. Seguían un camino sinuoso a través de los árboles hacia los cobertizos, y la sombra fresca del follaje ofrecía un agradable respiro frente al calor del sol.

—Espero que no —respondió el tío Nat, abanicándose

con el sombrero—. Me gustaría relajarme y disfrutar del safari.

—Pero es emocionante resolver misterios, y se me da bien. —Un escarabajo del tamaño de una castaña revoloteó torpemente delante de ellos, chocó con el tronco de un árbol y cayó al suelo.

Nat se rio con tristeza.

—Ten cuidado con lo que deseas.

Entre los árboles, sobre las vías, surgieron dos cobertizos gigantescos, tras cuyas puertas se vislumbraba una locomotora de color azul real. Hal echó a correr hacia allí, seguido de cerca por su tío.

Dentro resonaba el estruendo de los martillos y el zumbido de la maquinaria. Hal y Nat subieron a una galería desde la que se podía contemplar todo el taller.

—¡Es increíble! —exclamó Hal, admirando los antiguos vagones en diversos estados de conservación. En ese momento, saltaron chispas de una cavidad bajo los rieles, y vio a una mujer trasteando los bajos de una locomotora de clase 6 medio desmantelada. Llevaba un mono verde y tenía los brazos llenos de grasa, lo que le recordó a su amiga Lenny. Apoyó su cuaderno en la barandilla para dibujarla, y, mientras difuminaba las líneas negras para sombrear el reluciente metal de la caldera, se sorprendió al ver a su tío acercándose a ella.

La mecánica salió de la cavidad limpiándose los brazos con un trapo viejo. Tenía el pelo corto y una nariz respingona que la hacía parecer un duendecillo duro de pelar. Le estrechó la mano al tío Nat y este señaló a Hal.

El niño agitó el brazo y bajó de la galería por una escalera que conducía al taller.

—Hal, ven a conocer a Flo, la hermana del señor Ackerman. Es la ingeniera jefe.

—Hola. Estaba hablándole a tu tío de Janice, la locomotora que remolca al Safari Star. —Flo tenía unas maneras bruscas aunque agradables.

—¿Eres la conductora? —le preguntó Hal, pensando que le caía mejor que su hermano.

—No, Sheila y Greg son los maquinistas; yo me uno al viaje por seguridad. Créeme: no te gustaría que la locomotora se quedara tirada en mitad de la sabana sin un ingeniero a bordo.

—¿En serio? ¿Eso puede pasar?

Flo se encogió de hombros.

—Todo es posible. La tecnología que utilizamos no es exactamente nueva. —Una expresión extraña le cruzó el rostro—. Pero hacemos un buen trabajo. —Parpadeó y cambió de tema—: Si quieres ver el motor, acércate a la sala de máquinas antes de iros y te lo enseño.

—Gracias, lo haré. —Hal sonrió de oreja a oreja.

Se despidieron y, después de dar una vuelta para mirar los vagones desmantelados en proceso de restauración, se marcharon.

—El tren sale dentro de una hora —dijo Nat durante el camino de vuelta—. Me gustaría leer el periódico.

—Yo quiero dibujar la estación. —Hal señaló un banco situado entre los árboles—. Ese parece un buen sitio.

—Una idea genial —asintió Nat—. Ven a buscarme cuando termines.

Hal se sentó, abrió su cuaderno por una página en blanco y dejó que el carboncillo se deslizara sobre el papel, trazando las rotundas líneas horizontales del andén y luego las verticales de la estación. Entonces le cayó algo pesado en el regazo, y gritó al ver un animal del tamaño de un gato pequeño, con el pelo amarillento, patas rechonchas y una cola tupida, que lo miraba con ojos penetrantes de color ámbar.

—¿*Chipo*? —dijo la voz de un niño—. *Chipo*, ¿dónde estás?

El animal se dio la vuelta y descendió del regazo de Hal cuando surgió de entre los árboles un chavalín con unas gafotas más grandes que su cara. Tenía la piel negra, el pelo cortado al estilo militar, y llevaba una camiseta amarilla descolorida y bermudas.

El animal subió corriendo por el brazo del niño y se sentó sobre sus hombros.

—¡Hola, *Chipo*! —El niño sonrió a la criatura y luego a Hal—. Piensa que tienes comida.

—¡Ah! —Se sacó una bolsa de cacahuetes a medio comer del bolsillo—. Son del avión.

Mirando al dueño para asegurarse de que le daba permiso, Hal depositó tres frutos secos en la palma de su mano. *Chipo* saltó de nuevo al banco, agarró un cacahuete con cada pata y se los metió en la boca.

El niño se echó a reír.

—Ahora será tu amiga de por vida.

Hal contempló a *Chipo* mientras roía las nueces.

—¿Qué clase de animal es?

—Una mangosta amarilla.

—Cómo mola. —Alzó la vista—. Por cierto, me llamo Hal.

—Yo soy Winston. —*Chipo* cogió el último cacahuete y saltó sobre los hombros de Winston—. ¿De dónde eres?

—De Inglaterra. Voy a viajar con mi tío en el Safari Star.

—¿Estabas dibujando? —Winston señaló el cuaderno con la cabeza.

—Sí, me gusta dibujar trenes. —Hal le mostró sus bocetos de los cobertizos—. Aunque en este viaje también voy a dibujar animales. —Pasó a la página del puercoespín malhumorado.

—¡Le falta la cara! —se rio Winston.

—No quería quedarse quieto.

—*Chipo* se quedará quieta si le das más frutos secos.

Como si lo hubiera entendido y no estuviera de acuerdo, *Chipo* bajó del hombro de Winston y se escabulló por los árboles.

—¡Otra vez no! —se quejó el niño exasperado—. Mi madre me ha dicho que puedo llevarla en el tren si la tengo controlada. —Corrió tras ella, seguido de Hal—. ¡*Chipo*, vuelve aquí! Las mangostas suelen vivir en manada, y esta se cree que es nuestra líder.

Hal se alegró de que Winston y *Chipo* fueran a estar en el tren.

—¿Tu madre viene también?

—Es la guía del safari. —Winston miró un viejo apartadero a través de los arbustos—. Es zoóloga y sabe todo lo que hay que saber sobre los animales de Sudáfrica y Zimbabue. Esta va a ser la primera vez que me deja viajar en el tren. Normalmente tengo que quedarme en casa con mi padre, pero le he prometido que seré útil; ya sabes, haciendo recados y esas cosas. Estoy deseando ver las cataratas Victoria. Aunque mi madre me ha obligado a traerme los deberes del colegio. —Hizo una mueca.

—Mira, ahí está *Chipo* —señaló Hal.

La mangosta estaba a unos metros, de pie sobre sus patas traseras, olisqueando el aire. Entonces aplanó las orejas, dio un salto y atrapó una libélula que después se metió en la boca.

Winston juntó los labios y emitió una especie de chillido. Iba a atravesar los arbustos en dirección a *Chipo*, que corría hacia él, cuando se detuvo de pronto y retrocedió unos pasos.

—¡Oh, no! Ahí está el señor Ackerman —masculló—. Mi madre me pidió que apartara a *Chipo* de su camino. —Winston agarró a la mangosta amarilla y la acunó en su pecho—. Venga, vamos.

Antes de seguirlo, Hal volvió la cabeza y se quedó helado. Luther Ackerman hablaba en un susurro con un hombre bajito y pálido vestido con camisa y pantalones caquis. Tenía los hombros encorvados, la cabeza gacha y ademán reservado. Hal apoyó el carboncillo en una página de su cuaderno, mientras el otro hombre asentía y le entregaba al

señor Ackerman un fajo de billetes sujeto por un clip plateado que brilló al sol. Se le puso la piel de gallina.

Alejándose sigilosamente, supo con escalofriante certeza que había presenciado algo que no debía ver. El corazón le latió con fuerza. Había un misterio a bordo del Safari Star, y él iba a descubrirlo.